

Sedecías, al igual que su hermano Joachaz, sentía mucha aversión por los pietistas que habían dirigido la política de los últimos años de reinado de su padre. Jeremías y los profetas le fueron tan hostiles como a Joachaz, a Joiachim y a Joiakin, sólo por ser tolerante, y la tolerancia de los reyes abría la puerta a un eclecticismo religioso insoportable para los fanáticos. Parece que el eclecticismo llegó a instalar ídolos en el templo mismo. Ardía incienso en honor de Baal y se practicaban secretamente cultos paganos. En Ben Hinnon se daban casos de molokismo. Durante este reinado de once años, Jeremías no dejó de lanzar ni un día declamaciones violentas contra el mundo oficial.

Por lo tanto, Sedecías hizo todo lo posible para salvar los restos de una nación perdida. Realizó un viaje a Babilonia para engañar a su soberano, mientras buscaba alianzas y armas. Sobre 595, los reyes de Edom, Moab, Amón, Tiro y Sidón celebraron en Jerusalén una especie de congreso de embajadores para concertar una alianza contra el enemigo común. Muchos profetas anunciaron en nombre de Jehová que había llegado la hora del término del dominio babilónico.

Jeremías vio claro que solamente podía combatir contra estas ilusiones peligrosas a través de extremadas violencias. Recorrió muchos días las calles y plazas con la cabeza sujeta entre pedazos de madera atados con cuerdas, que imitaban el yugo de los bueyes.

Una de las promesas más repetidas por los profetas enemigos de Jeremías era que una de las primeras consecuencias del triunfo de los reinos aliados sería, además del regreso de Joiakin y demás transportados, la devolución al templo de la vajilla de oro. A Jeremías no le importaban mucho el templo y los objetos del culto. El estado de desolación del lugar sagrado era más bien una confirmación de sus amenazas. Su respuesta a estas esperanzas fue muy singular. La función de los verdaderos profetas era predecir desdichas: cuando anunciaban cosas afortunadas, únicamente los hechos podían probar su clarividencia.

La opinión popular prefería a Hananiah, profeta adversario de Jeremías. Un día que estaba éste sentado en el patio del templo con el yugo al cuello, en presencia de los sacerdotes y del pueblo, alentado Hananiah por la impopularidad de aquel energúmeno: fue arrastrado por la cólera. Quitó el yugo que Jeremías llevaba al cuello y lo rompió, pronunciando estas solemnes palabras: «Oid lo que dice Jehová. Así romperé dentro de dos años el yugo que Nabucodonosor, rey de Babel, ha puesto a todas las naciones.» Seguramente estallaron los aplausos, porque Jeremías se retiró confuso.

Hananiah falleció a los dos meses, y se aseguró que Jeremías le había vaticinado esta próxima muerte como castigo de sus embustes.

La comunicación entre Jerusalén y los deportados de Babilonia era muy activa y contribuía a atizar el fuego, manteniendo una exaltación entre las dos fracciones de la familia judía.

A Jeremías no le importaba el pequeño reino que aún subsistía y seguía explicándose con gran rudeza, a riesgo de entristecer a los que intentaban salvar algo del reciente naufragio de la patria.

Ya entonces se afirmaba la idea de que el auténtico Israel era el grupo llevado al destierro por los caldeos y que diez años después había de crecer considerablemente. Jeremías reservaba todas sus simpatías para aquellos desdichados. Los deportados del Éufrates contribuían con sus cartas a inculcar el mismo sentimiento. Se consideraban como víctimas ya perdonadas, mientras Jerusalén seguía irritando a Jehová. Un grupo de jerosolimitanos había sido alojado en Tell-Abib, a orillas del Cobar, afluente del Éufrates. Entre ellos estaba Ezequiel, sacerdote joven de Jerusalén, y era el centro de un grupo piadoso que se reunía en su casa y lo escuchaba como un oráculo. A los cinco años le tocó el espíritu de Dios y le hizo descubrir muy extrañas visiones.

El misterioso envío, la santa *merkaba* de Ezequiel, contenía el germen de muchas aberraciones. Los querubes y símbolos del santuario fueron los elementos principales. Se puede admitir que influyeran en sus conceptos los toros simbólicos del estilo asirio. El caso es que nuevos monstruos empezaron a turbar la imaginación de Israel, hasta entonces eurrítmica y pura. Aparece una especie de romanticismo, opuesto al gusto clásico a su manera, de la antigua literatura. El estilo de Ezequiel es inferior al de los escritores de los siglos VIII y VII antes de J.C.

El Apocalipsis de Patmos es simplemente una copia de las apariciones grandiosas del río Cobar. El cristianismo debe a Ezequiel tanto como a otro profeta cualquiera, si no exceptuamos al segundo Isaías.

El pensamiento de Ezequiel viene a ser como el de Jeremías, y no hay

en él rastro de filosofía racional. A veces concibe instintivamente a Jehová como fuerza suprema, organismo central del universo, mezclado, sin embargo, con cuanto ocurre en la humanidad.

Casi cada año, desde 595 hasta el último cerco de Jerusalén (590), envió Ezequiel sus visiones proféticas a sus hermanos de Judea. Nada tenían de consolador, y sólo encerraban amenazas y reconvenciones amargas. El autor conocía muy bien cuanto ocurría en Jerusalén; conocía por sus nombres a los jefes de los partidos y a todos los hombres notables. Decía que no había terminado la idolatría, que ciertos levitas oficiaban en los cultos extranjeros, y estas abominaciones se verificaban a la puerta del templo presididas por los reyes, que sancionaban las monstruosidades del culto de Moloch.

Cierta exageración existía en todo ello. En aquel cuadro, muy ennegrecido, se ven claramente las antipatías personales del clerical, y las denuncias que recibía diariamente. Según el profeta exaltado, la gente que se acerca al santuario es la más culpable. Los falsos profetas, las brujas de baja estofa pululan por todas partes.

La política de Ezequiel es muy parecida a la de Jeremías. Apostrofa al rey de la manera más brutal, y afirma que Nabucodonosor cumple una misión providencial, pues es un representante de Jehová. Sedecías es un culpable, que prometió a Nabucodonosor no armarse y permanecer humilde, y sin embargo constantemente pide a Egipto carros de guerra y soldados. Será castigado por su perjurio y llevado a Babilonia, donde expiará su crimen.

Ezequiel aconseja paciencia a los deportados de Mesopotamia. Contrario a toda idea de rebelión contra un poder que le parece expresión de la fatalidad, quiere que se espere pacíficamente su fin. Otros profetas del cautiverio no eran tan resignados. Los desdichados colonos, alucinados por tales promesas, no fundaban nada estable en el país del destierro, ni cultivaban las tierras que les habían dado. Se tenían por deportados temporales, que de un día a otro serían repatriados. Achab y Sidgiadh eran los que más provocaban la rebelión. Movimientos como el de Haniah de Gabalón, en Judea, contribuían a excitar estos sueños de un patriotismo que se cegaba a sí mismo.

También en aquella ocasión Jeremías decidió desalentar las esperanzas nacionales. Para transmitir un mensaje a los desterrados aprovechó una embajada que Sedecías enviaba a Nabucodonosor. En este mensaje había prudentísimos consejos que fueron durante siglos la regla del judaísmo disperso.

Dicho escrito de Jeremías causó malísimo efecto en Babilonia. Un profeta desterrado, Senaiah el nehelamita, escribió al prefecto del templo, reprendiéndole por no haber castigado a Jeremías.

El prefecto Sefaniah leyó la carta a Jeremías, que respondió con un oráculo completo de maldiciones contra Senaiah y su descendencia.